

Mujeres rurales y oportunidades económicas: de la participación al empoderamiento*

Norma Villarreal Méndez**

Fecha de recepción: 18 de agosto de 2011
Fecha de aprobación: 17 de septiembre de 2011

Resumen

El estudio se realizó con un enfoque cualitativo haciendo indagación y análisis desde los hombres y las mujeres que conforman los comités municipales que participan del proyecto Mercados Campesinos. El análisis mostró que es en la comercialización donde se produce la mayor renta, y esta fase del ciclo es de control masculino. Las esposas, hijas o hermanas que participan son reconocidas como “ayudantes”, incluso por ellas mismas; el control del pago en dinero que se obtiene de las ventas es de responsabilidad masculina, así sea que las mujeres actúen como vendedoras en los puestos de expendio de productos. El perfil de actividades mostró que las mujeres asumen importantes roles productivos al mantener simultáneamente la responsabilidad de los roles domésticos y al mostrar actitudes subordinantes. No necesariamente el rol productivo genera conciencia de sí, autonomía y empoderamiento. El estudio plantea que para que una actividad de oportunidades económicas redunde en el empoderamiento de las mujeres tiene que estar vinculada a acciones conscientemente orientadas a transformar los patrones socioculturales de autoritarismo y subordinación presentes en las relaciones de hombres y mujeres, más vigentes en las sociedades campesinas.

Palabras clave: género, empoderamiento, mujeres rurales, mercados campesinos, oportunidades económicas, cadenas de valor.

* Este artículo se basa en datos recogidos en los meses de septiembre a diciembre del 2009 en municipios de los departamentos de Boyacá, Cundinamarca y Tolima, en el marco del proyecto Mercados Campesinos del Programa de Alternativas Económicas auspiciado por Oxfam, para identificar los factores que inciden en la participación de hombres y mujeres que intervienen en procesos de producción para la comercialización y el abastecimiento alimentario en Bogotá (Ecomujer, 2009). Este es un “esfuerzo para recuperar los mercados regionales y suministrar a precios justos para productores y consumidores alimentos sanos y nutritivos que, además contribuyan a la prevención de enfermedades y conservación de la salud en una ciudad como Bogotá” (ILSA et ál., s. f.). El proceso logró que el Plan Maestro de Abastecimiento alimentario lo incluyera en una de sus estrategias. Se realizan diez mercados presenciales en plazas y parques, más los tres que se llevan a cabo en la Plaza de Bolívar

** Socióloga, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, Colombia. Maestría en Desarrollo rural, Universidad Autónoma, Barcelona, España. Doctora en sociología, Universidad Autónoma, Barcelona, España. norvimen2@gmail.com

Rural Women and Economic Opportunities: From Participation to Empowerment

The research was made with a qualitative focus, carrying out inquiries and analysis of the men and women who are part of the municipal committees that participate in the project. The analysis showed that income is largely generated by commercialization and that males control this cycle stage. Wives, daughters or sisters that participate in this process are considered to be “assistants”, even by themselves. Control of cash payment obtained from sales is a male responsibility, even if women act as saleswomen at the product retail stores. The activity profile showed that women assume important production roles by simultaneously fulfilling their responsibility in the household and by showing subordinating attitudes. The production role does not necessarily generate self-awareness, autonomy and empowerment. The study suggests that, in order for an activity of economic opportunities to benefit from women’s empowerment, it must be linked to actions conscientiously aimed at transforming the sociocultural patterns of authoritarianism and subordination shown in the relationship between men and women, especially in rural societies.

Keywords: Gender, empowerment, rural women, rural markets, economic opportunities, value chains.

Mulheres rurais e oportunidades econômicas: da participação ao empoderamento

O estudo foi realizado com um enfoque qualitativo fazendo indagação e análise desde os homens e as mulheres que fazem parte dos comitês municipais que participam do projeto. A análise mostrou que é na comercialização onde se produz a maior renda, e esta fase do ciclo é de controle masculino. As esposas, filhas ou irmãs que participam são reconhecidas como “ajudantes”, inclusive por elas mesmas; o controle do pagamento em dinheiro que se obtêm das vendas é de responsabilidade masculina, mesmo no caso em que mulheres atuam como vendedoras nos locais de venda de produtos. O perfil de atividades mostrou que as mulheres assumem importantes papéis produtivos, ao manter simultaneamente a responsabilidade dos papéis domésticos e ao mostrar atitudes subordinantes. Não necessariamente o papel produtivo gera consciência de si, autonomia e empoderamento. O estudo propõe que para que uma atividade de oportunidades econômicas redunde no empoderamento das mulheres tem que estar vinculada a ações conscientemente orientadas a transformar os padrões socioculturais de autoritarismo e subordinação presentes nas relações de homens e mulheres, mais vigentes nas sociedades rurais.

Palavras chave: gênero, empoderamento, mulheres rurais, mercados campesinos, oportunidades econômicas, cadeias de valor.

Introducción

Entre quienes trabajamos en procesos sociales con sentido transformador, la preocupación por el empoderamiento de los grupos de mujeres y las poblaciones que han enfrentado la exclusión social pasa de ser un logro eficiente de la acción social a convertirse en un compromiso ético. En particular, el logro del empoderamiento de las mujeres lo entendemos como la capacidad de identificar espacios de decisión y participar conscientemente en estos, tomando decisiones propias desde una racionalidad que incluya sus necesidades e intereses, conducta y actitud contrarias a la subordinación tradicional en la cual las mujeres no toman decisiones y están sujetas a la voluntad de otros, particularmente de los actores masculinos, sean ellos hermanos, novios, esposos, compañeros sentimentales, hijos (Kabeer, 1997; Unicef, 1997). La idea de promover el empoderamiento de las mujeres constituye parte de un cambio cultural dirigido, entendido como un proceso orientado de forma consciente a transformar ideas, creencias y conductas que afectan la calidad de vida de hombres y mujeres, y el desarrollo de los pueblos.

Para que el esfuerzo de cambiar la subordinación de género por el empoderamiento sea eficaz, debemos interrogarnos no solo acerca de lo que se quiere cambiar, sino de indagar cómo perciben los actores lo que se quiere cambiar y cómo producir el cambio. Estos interrogantes nos ratificaron la urgencia de diseñar una metodología que pudiera permitirnos oír a los distintos actores, identificar actuaciones y reflexionar sobre ellas, y pensar en que son posibles nuevas formas de relacionamiento para transgredir desde la casa el orden social que impone dos tipos de normas: unas para los hombres y otras para las mujeres. Se trataba de pensar en procesos de análisis grupales teniendo muy claro el reto: entender colectivamente la necesidad de cambios en las formas de ser y obrar, apoyarse unos a otros en las situaciones de tensión y de inseguridades que produce la aceptación de la inutilidad por el dolor que se ha producido a otros, pensando que se actuaba de manera correcta, “como se había aprendido”. En fin, enfrentando el tema de las relaciones entre hombres y mujeres, que compete a ambos actores, mediante procesos de construcción, deconstrucción y reconstrucción para hacer una alianza que pueda construir

nación, con relaciones respetuosas, sin introducir más tensiones en la adolorida sociedad rural, sino aportando a la construcción de una paz que no sea la dominación del otro o de la otra, con una metodología simple pero profunda para potenciar en las mujeres el derecho a la palabra y avivar en los hombres la escucha.

1. Metodología

Se hizo un trabajo de indagación con grupos de parejas¹, y hombres o mujeres que participan en los mercados campesinos (135 mujeres y 66 hombres). El grupo que participó en los talleres hace parte de quienes traen productos a la Plaza de Bolívar al menos dos veces al año, y a diez parques de Bogotá al menos dos veces al mes en cada parque. Los productos que traen y venden, salvo las carnes, los tubérculos y el plátano, son comercializados por las mujeres².

Para identificar los factores que incidían en la participación se adoptó la metodología del diagnóstico participativo basada en dos tipos de taller: un taller de diagnóstico (en adelante taller tipo 1) y un taller de propuesta (taller tipo 2). De cada uno de los talleres se hicieron memorias, tanto con las sistematizaciones de los ejercicios como con las notas de campo.

El taller 1, de indagación o diagnóstico sobre el objeto del cambio, tuvo varias herramientas. Una primera de presentación y de reconocimiento que se valió de un ejercicio de binas o parejas para hacer el perfil de actividades o el registro de las actividades desempeñadas por los integrantes de la pareja, las visiones de hombres y mujeres sobre el proceso participativo, y las dificultades y los obstáculos identificados por los actores³. Esta

1 Muchos asistentes fueron con sus cónyuges, con los cuales participan en el Proyecto de Mercados Campesinos. Hubo casos de mujeres solas ya sea porque sus compañeros se quedaron en casa o porque no tienen pareja. También asistieron hombres sin su pareja.

2 Una información sobre el mercado del 4 de septiembre de 2010 señala que asistieron a ofrecer sus productos a los mercados 1407 personas de las cuales 891 eran mujeres y 516 hombres. El valor de las ventas de las mujeres fue de \$100.847.795, y el de los hombres de \$87.567.950. Donde las mujeres hacen las mayores ventas es en repostería, mientras los hombres lo hacen en las carnes (Datos del Programa Alternativas Económicas de Oxfam, agosto de 2011).

3 Los asistentes a los talleres procedían de los siguientes municipios donde se desarrolla el Proyecto: Cundinamarca: Cogua, Zipaquirá, Mesitas, Viotá, Cachipay, Anolaima y Soacha; en Boyacá: Ráquira, Tinjacá, Villa

información se recogió en grandes piezas de papel, pareja por pareja⁴, identificando lo que cada uno había reconocido como trabajo efectuado en la casa, en el desempeño de las actividades económicas (en la casa o en la parcela), y en las actividades de trabajo social comunitario.

Una vez conocida la información, y construido el perfil de actividades individual y colectivo, se introdujo una conceptualización sobre los distintos ámbitos de actuación: reproductivo, social o doméstico, productivo o económico, comunitario y sociopolítico. Seguidamente a la reflexión sobre los ámbitos se utilizó una matriz que se convirtió en segunda herramienta para registrar los ámbitos de actuación por sexo. En ella las personas asistentes volcaron la información sobre el número y tipo de actividades por ámbitos, recolectadas en el perfil de actividades que antes se había trabajado. El resultado fue una primera sistematización de las actividades por ámbitos que permitió referirse a la división sociosexual del trabajo existente, y avanzar en la reflexión sobre la función real y simbólica de las actividades y los distintos ámbitos. También facilitó explicar su articulación con el imaginario del ser hombre y ser mujer, y el impacto previsible en el estatus de hombres y mujeres y en las relaciones de equidad entre los mismos.

El taller 2 se diseñó para devolver la información del diagnóstico al grupo e identificar las estrategias hacia el cambio a partir de la revisión de la participación de las mujeres en las actividades de la producción. Tuvo como apoyo metodológico la realización colectiva de un mapeo de género y de las cadenas de valor. Para elaborar estas herramientas se procedió a la creación colectiva de una cadena de producción o cadena de valor (según tipo de producto), entendida esta como un conjunto de actividades productivas y subactividades necesarias para las distintas fases del proceso de producción y la conexión con las personas que desarrollan las actividades. En la cadena de producción se identificaron los eslabones y las respectivas actividades que la componen, así como la presencia de hombres y mujeres en cada eslabón. Este

de Leyva, Gachantivá, Motavita y Soracá, y en el Tolima: Palocabildo y Mariquita.

4 Las instrucciones que se dieron fue formar pareja con la persona de otro sexo con la que menos se conocieran, y averiguar su nombre, las actividades que realiza en casa, la actividad económica y la actividad comunitaria.

mapeo de género produjo información sobre la presencia de las mujeres en cada una de las actividades productivas o eslabones de la producción. Se procedió a identificar las ventajas de participar en cada uno de los eslabones y a precisar los tipos de ventajas. En algunos talleres, mediante etiquetas de colores, se estableció la participación desagregada por sexos. Con ello se pudo valorar los eslabones donde las mujeres tienen mayor participación, beneficios o dificultades para desempeñar sus roles a fin de poder beneficiarse de las actividades y los resultados. Se precisó también de forma colectiva el tipo de dificultades y obstáculos que fueron clasificados en cuatro categorías: socioculturales, psicosociales, económicas, institucionales y sociopolíticas. A partir de la identificación de las dificultades se construyó una matriz que establecía el tipo de dificultad: la acción posible para transformarla, disminuirla o eliminarla; los recursos locales posibles de gestionar; los resultados esperados, y las personas que se encargarían de liderar la gestión de las propuestas.

Otras herramientas del taller 2 fueron los dibujos proyectivos y la matriz generacional que se utilizaron para visualizar los cambios como perspectiva y realidad. En los talleres donde se contó con más tiempo se invitó a dibujar una figura que mostrara cómo se ve cada uno en la casa, en el trabajo y en la comunidad. Con esta herramienta de carácter proyectivo se suelen mostrar y proyectar expectativas, frustraciones y aspiraciones. En algunos talleres fue posible hacer una matriz generacional a partir del reconocimiento de las condiciones de las abuelas hasta las hijas, lo cual revela los cambios y las permanencias en las relaciones de género. Este trabajo se hizo individual y luego se integró en grupos para terminar con la presentación de la síntesis del grupo y los comentarios en plenaria. Este ejercicio dio oportunidad para hacer una síntesis teórica sobre el cambio cultural y social.

En cada uno de los talleres se previeron ejercicios para trabajo individual y trabajo de grupo. Para la ejecución de estos ejercicios se preparó material de apoyo con instrucciones para su desarrollo y una lectura complementaria para la conceptualización de los ámbitos de interacción social. Los ejercicios se hicieron dentro de una secuencia que comprendió trabajo individual, intercambio e inte-

gración en grupos, trabajo de grupos y socialización en plenaria. Cada uno de los talleres fue planeado para un total de ocho horas, pero ya en terreno hubo que hacer recortes en el número de horas de acuerdo con las necesidades de los productores y las productoras. Incluso después de la primera salida se hicieron nuevos ajustes sobre el tiempo y el uso del material de apoyo.

La negociación sobre el tiempo obligó a trabajar sobre lo indispensable y a priorizar ejercicios lo suficientemente útiles para conseguir información impactante revelada por los propios participantes. Pero el diálogo entre los y las participantes, las sistematizaciones elaboradas entre los mismos y la posterior socialización puso al descubierto datos e información que no habían visualizado. El ejercicio de identificación de las actividades diferenciadas por sexo en los distintos ámbitos de interacción hizo palpable que las ausencias y presencias en distintos espacios mostraban una división genérica del trabajo con consecuencias en la vida de cada uno y en la relación entre hombres y mujeres. Hubo momentos en los talleres en que se hacían análisis en grupos diferenciados por sexo buscando que hubiera más libertad para expresar las opiniones y hacer propuestas. En otros momentos, estos grupos se integraban y se daban a conocer los resultados de los análisis de cada uno para proceder al debate.

2. Características de la población participante en el proceso de los talleres

El número de mujeres asistentes a los talleres fue mayor que el de hombres. Ellas representaron el 67,16% de un total de 201 asistentes. Palocabildo (Tolima), Tinjacá, Ráquira y Villa de Leyva (Boyacá), y Soacha (Cundinamarca), fueron los municipios que tuvieron una participación masculina reducida. Exceptuando Motavita y Soracá, en el resto de los municipios del departamento de Boyacá la proporción de hombres participantes fue menor. El mayor número de las personas de Motavita y Soracá estaban entre 30 y 35 años. Mayores de 35 años eran 15 personas y una sola mayor de 70 años. El 70% de los asistentes había hecho estudios primarios, pero solo habían completado la primaria el 40%; aunque leían con

dificultad, todos sabían firmar. La mayoría de las personas vive en casa propia. La actividad principal pecuaria es la bovina, y en la agricultura la papa. Tienen experiencia en organización e identifican a organismos como el SENA para actividades de capacitación. Aunque consideran ventajas en la participación en los mercados campesinos, consideran que aspectos como los costos de transporte deben revisarse porque resultan altos.

Tabla. Talleres de diagnóstico de barreras y oportunidades de hombres y mujeres en mercados campesinos: total de asistentes discriminados por sexos

Municipio	Mujeres	Hombres
Motavita-Soracá	17	11
Cogua	15	13
Palocabildo	12	3
Gachantivá	15	14
Villa de Leyva	9	1
El Colegio	5	14
Ráquira	20	2
Tinjacá	20	3
Soacha	22	5
Subtotal	135	66
Total	201	

Fuente: registro de asistentes a los talleres por municipio.

2.1. Niveles de conocimiento formal de las personas de los talleres

Una característica de la población con que se trabajó es el bajo nivel de lecto-escritura, similar en hombres y mujeres. Esta carencia aumenta los elementos de inequidad cuando son las mujeres las que la presentan. Igualmente, carecen de un concepto de cálculo económico. En sus actividades no incluyen el valor de la fuerza de trabajo familiar, circunstancia que afecta especialmente a las mujeres que sienten que trabajan pero que no tienen retribución en su labor. Esta circunstancia, ligada al control que ejercen los hombres de los resultados de la actividad productiva, y el casi nulo acceso al manejo del dinero de las mujeres, genera tensiones y violencias. Los hombres manifiestan que las mujeres no saben manejar el dinero, y las mujeres dicen que los hombres les entregan cantidades mínimas, las cuales deben hacer “rendir” para los gastos familiares; el resto del ingreso los hombres lo gastan en licor.

2.2. Patrones de relación social y vida familiar

En las formas de expresión de los y las participantes sobre las relaciones entre hombres y mujeres se notó la vigencia de patrones tradicionales muy arraigados que se traducen en el sometimiento de las mujeres por sus maridos. Esto fue notable en las parejas que participaron. Las mujeres, especialmente en Boyacá, no hablaban si los maridos no lo hacían; parecían estar siempre esperando el permiso para intervenir y para dar las opiniones; ellas siempre consultaban a los maridos antes de hablar. Aunque al principio estuvieron muy calladas, después se fueron soltando, hasta atreverse a señalar que había mucha violencia en los hogares. La participación en los mercados es considerada como una manera de “salir, de enterarse, de hablar con otras, de refrescarse”; esto para ellas es una ganancia aunque tengan que “sacar el permiso”.

En las intervenciones y en los diálogos que se establecieron fue recurrente el tema de la violencia; particularmente en Boyacá, muchas mujeres sentían temor de ser echadas de sus casas si no aceptaban las disposiciones de los maridos. Señalaron que siempre tienen miedo a las violencias “a los golpes”, y para explicar la razón de la relación miedo-aceptación señalan: “es que aquí las mujeres somos muy masoquistas y volvemos con los hombres de nuevo”. Una mujer lo definió así: “los maridos no son maridos, son los dueños de uno”⁵.

Las violencias que enfrentan las mujeres en los distintos espacios tienen su asiento en unas relaciones de poder y dominación propias de una cultura sexista. Es que en un país acosado por una guerra interna que implica la agudización de autoritarismo, la expresión de la negación del otro, de la otra, y el deseo de desahogar la ira y la frustración, hacen que la violencia intrafamiliar se exacerbe aun en zonas donde no aparece el conflicto armado. En este ambiente de subordinación y violencia se acentúa la imposibilidad de disenso; el castigo físico o la dominación específicamente sexual, como forma de sometimiento a la autoridad, se vuelve simbólicamente legítima y útil como forma de control (Villarreal y Ríos, 2006). Lo que se produce en la práctica es la imposición de un accionar

y un pensamiento único, cuya razón está apoyada por la fuerza, los gritos, los puños y hasta las armas.

El grado de inequidad y exclusión de las mujeres parece que se hubiera incrementado en las zonas en general, probablemente como influencia del entorno de conflicto que se vive. No se identificaron vestigios de los procesos de empoderamiento de las mujeres campesinas de la década de los noventa. Parece que el miedo hubiera provocado un retroceso en las campesinas.

Algunos hombres fueron críticos con las mujeres, pero también hubo quienes hicieron crítica de la conducta que ellos mismos provocaban. En casi todos los casos, la reacción masculina cuando se les invitaba a decir qué hacían en la casa —frente a lo que hacían las mujeres— fue de risa nerviosa o de explicación pudorosa en la cual se intentaba justificar con distinto tipo de razones la ausencia de los hombres en las actividades del ámbito doméstico. Estas actitudes fueron evidentes en los talleres de Motavita, Soracá, Cachipay y Anolaima⁶.

3. El análisis de los ámbitos de interacción como herramienta para el análisis de género

El reconocimiento conceptual de los espacios o ámbitos de interacción social recogidos entre sí por los y las participantes, y registrados en formatos permitió elaborar de forma rápida y práctica las características de la división sexual del trabajo en las zonas rurales mediante el perfil de actividades y la clasificación posterior de estas según los ámbitos de actuación. Se trabajaron los siguientes ámbitos: el doméstico (o de la reproducción social), el económico, el comunitario y el sociopolítico. En el ámbito económico se registraron actividades agropecuarias y de transformación. En algunos municipios las dinámicas locales de la economía están presionando ajustes en las actividades de las mujeres que están siendo demandadas en actividades de servicios turísticos y artesanías, lo que fortalece los conceptos de pluriactividad de las mujeres que se usan en los análisis como correspondientes a una nueva ruralidad.

5 Memorias de los talleres de Gachantivá y Villa de Leyva.

6 Memorias de los talleres de Anolaima y Cahipay en Cundinamarca, y Soracá y Motavita en Boyacá.

Al abordar las características de su realidad, las asistentes señalaron que ahora estaban más vinculadas en las actividades económicas, tanto de la producción como de la transformación, sin que se hubiesen disminuido las actividades tradicionales de carácter no económico como las obligaciones familiares domésticas. Estas actividades del ámbito doméstico, que nunca han tenido reconocimiento como trabajo, son vitales en la producción campesina pues significan aportar a los trabajadores eventuales que se contratan y rebajar los costos de producción. Estas actividades han sido y siguen siendo realizadas por las mujeres adultas, con el apoyo de las niñas y las mujeres mayores.

A partir de que hombres y mujeres hicieran ese descubrimiento se pudo avanzar conceptualmente mostrando que desde la más tierna edad se producían unos aprendizajes iniciados en las familias, que eran continuados en la escuela y reforzados en muchos de los espacios e instituciones, que normaban las conductas. Estos aprendizajes, se aclaraba, eran la base sobre la cual se relacionaban hombres y mujeres, eran responsables de que se designaran actividades propias para el hombre y propias para las mujeres, y de que se les dieran valoraciones distintas. Las actividades o responsabilidades “consideradas propias” de uno u otro sexo se convertían en relaciones de poder que eran causa de inequidades, tensiones y violencias. Igualmente, creaban sentimientos de impotencia e injusticia en quienes sentían la desvalorización de sus actividades o roles. Esos aprendizajes que valoraban mejor unos roles que otros, es decir, que provocaban determinados estatus, eran responsables de inequidades y de violencias. Tan fuertes eran los aprendizajes y las valoraciones hechas que se llegaba a pensar que eran eternos y que estaban casi escritos en piedra y como tal no podían ser cambiados. Es decir, se producía una naturalización de los eventos.

Pero el análisis de los ámbitos permitió introducir analíticamente el tema de relaciones de género, conceptualizándolo a partir de las actividades y los roles que los y las asistentes desempeñaban, o sobre las que en general consideraban eran las que hacían las mujeres y hombres rurales de la región y, en particular, quienes estaban vinculados a los mercados campesinos.

Cuando se indagó sobre las costumbres, se pudo abundar en el papel de las creencias y las maneras de comportarse de las personas como parte de los aprendizajes culturales desde el hogar y que parecen ser lo correcto. De esta manera, si se aprende que “la mujer es de la casa” y “el hombre es de la calle”, se llega a concluir que “si una mujer sale a vender sus productos o a asistir a una asamblea, se está apartando del buen camino y se le critica, se le prohíbe y hasta se le pega”. Las asistentes dijeron que seguramente “por eso era que antes no se le daba educación y las mujeres se dejaban brutas”. Agregando que “se decía que no era necesario darle estudio a las hijas porque ni para estar en la casa ni para la crianza no se requerían doctoras”⁷.

Igualmente, hombres y mujeres aceptaron que existe la creencia de que si se le asigna a un hombre una actividad de atención en la casa, se le hace mala atmósfera tanto a la mujer como al hombre. A las mujeres se les critica, pero también los hombres se enfrentan a la broma de los otros hombres⁸.

En poblaciones de Boyacá, como Villa de Leyva y Ráquira, y El Colegio, en Cundinamarca, las mujeres se vinculan a la microeconomía de la población alrededor del turismo, que es la actividad relevante. Dada la demanda por servicios, las que viven en la cabecera municipal se vinculan en actividades de atención al cliente, cuentas y el manejo del dinero, y en actividades del comercio, generando una mayor autonomía. Sin embargo, se expresó por parte de las asistentes a los talleres que en la zona rural de estos municipios se mantiene una actitud muy controladora por parte de los varones de la familia.

En los talleres de Cogua y Zipaquirá fue manifiesto un pensamiento predominante sobre la naturalización de las relaciones de género. Se expresó que la división sexual del trabajo existente es no solo necesaria sino conveniente. Se consideró que es ventajoso para los hombres tener una persona que atienda la alimentación y el vestido.

7 Notas del taller 1 de Cachipay.

8 Comentarios en los cuales coincidían hombres y mujeres asistentes al taller de Cachipay.

Para los hombres el trabajo en la casa sirve, “además de que las mujeres tienen en qué entretenerse y pueden ocuparse de algo”. De esta opinión se puede concluir que no existe la menor consideración de la labor doméstica como trabajo, sino como una tarea para que las mujeres ocupen su tiempo libre. Mientras los hombres hacían las anteriores consideraciones, las mujeres consideraban que el trabajo en el hogar tiene desventajas pues no tienen horario y no tiene remuneración, “nunca se acaba, pero eso es la costumbre”.

La participación de las mujeres en las actividades comunitarias se considera pertinente dado que pueden ayudar a las personas mayores, y como les “gusta servir”, se encargan de las gestiones de vacunación y los programas de salud. La ausencia de las mujeres en el espacio de lo político se debe a que “no pueden dejar solos a los niños”, “no les gusta”, o “no es necesario porque los hombres están en la junta comunal”. Sin embargo, pueden salir de casa cuando se trata de ayudar en eventos comunitarios. De esta manera se extiende *el trabajo de cuidado* de la familia al cuidado de la comunidad. En las organizaciones comunitarias, de mercados campesinos y de padres de familia participan ambos, en las actividades de dirección de las Juntas de Acción Comunal participan los hombres; las actividades relacionadas con la representación política formal son fundamentalmente masculinas.

El registro y análisis de los ámbitos de interacción de las personas de Boyacá evidenció una clara división del trabajo respecto al desempeño de los roles en el ámbito político y comunitario. Se podría pensar inicialmente que en tanto las mujeres no estén excluidas del ámbito productivo sus condiciones de negociación pudieran ser más equitativas. Sin embargo, se encontraron mayores condiciones de inequidad pues las boyacenses que asistieron a los talleres hacen simultáneamente lo reproductivo, lo productivo y lo comunitario, pero su trabajo productivo no es reconocido ni remunerado y solo son nombradas como ayudantes. Las mujeres realizan todas las actividades (cuidado de niños y niñas, compra de mercado, preparación de las comidas, orientación de tareas, limpieza de la vivienda) correspondientes al ámbito reproductivo a excepción del pago de servicios que lo realizan los hombres. Ejercen actividades en común con los hombres

como la siembra, las podas, los aporques, la recolección, la selección, la limpieza y el empaque del producto, y los hombres asumen la comercialización, la negociación y el transporte. La participación de las mujeres en el *ámbito comunitario* se concentra en actividades de las asociaciones de padres de familia, la participación en los comités de mercados y el comité de deportes que es una actividad adicional y que ha estado circunscrita más al ejercicio masculino de participación. Los hombres concentran las actividades del ámbito político.

Del contenido de las respuestas en los talleres de los municipios de Zipaquirá y Cogua en Cundinamarca, y Villa de Leyva y Ráquira en Boyacá, se nota una tendencia a la naturalización de la discriminación (con su resultado de subordinación de las mujeres por los hombres). Ello nos lleva a suponer que en las zonas rurales de los municipios más turísticos la comunidad campesina esté fortaleciendo creencias más tradicionales como una forma de resistir a los comportamientos modernos que suponen la gente venida de fuera. En cambio, entre las mujeres de Cachipay y Anolaima se observó mayor preocupación para que haya más equidad y reconocimiento, aunque algunas se cohibieron ante la presencia masculina para reafirmar lo que expresaron cuando estuvieron solas.

El grupo de asistentes del Tolima señaló que las actividades de la preparación del terreno, la aplicación de abonos y fertilizantes, las podas y los aporques, la transformación del producto y el transporte son realizadas por los hombres. La participación es mixta (de mujeres y hombres) en la siembra, la recolección, la selección, la limpieza y el empaque del producto, el acopio, la comercialización, la relación con el cliente, las cuentas y el manejo del dinero. No hay actividades de la *esfera productiva* desarrolladas exclusivamente por mujeres. La tarea de preparación de alimentos, las que tienen que ver con el cuidado de niños y niñas y el arreglo de ropa, corresponden a las mujeres. El resto, según se informó, son tareas que realizan las mujeres y los hombres, particularmente señalaron la compra de mercado, la orientación de tareas para los menores y la limpieza de la vivienda.

En el *ámbito comunitario* las actividades que corresponden a las organizaciones comunitarias y a las asociacio-

nes de padres de familia las realizan los hombres y las mujeres por igual. En cambio, los comités de mercados y el comité de deportes, que son actividades consideradas adicionales, son vistos como espacios de participación masculina. Aunque hombres y mujeres participan en las actividades pecuarias y forestales es más común que los hombres sean los actores de la actividad pesquera. En las agroindustrias la presencia es masculina, pero el turismo ecológico, las artesanías, las transformaciones de metales y el mercadeo son actividades que realizan hombres y mujeres por igual. Las actividades específicamente masculinas son las que implican el uso de fuerza.

En el municipio de Palocabildo las actividades del *ámbito productivo* están divididas: las mujeres desarrollan tareas de selección y limpieza del producto, mientras que la preparación del terreno, el sembrado, el transporte, la relación con el cliente, la relación de cuentas y el manejo del dinero son actividades masculinas. Las labores en que ambos participan son la aplicación de abonos y fertilizantes, la podas y los aporques, la recolección, el acopio, el empaque del producto y la comercialización.

En el *ámbito reproductivo* las mujeres son responsables de todas las actividades: cuidado de niños y niñas, compra de mercado, preparación de las comidas, orientación de tareas, limpieza de la vivienda, arreglo de ropa, compra del mercado y pago de servicios. Las actividades del *ámbito sociopolítico* están todas copadas por los varones, a excepción de la presidencia de consejos comunales en la que participan hombres y mujeres. Las mujeres y los hombres participan en las actividades de las organizaciones comunitarias, las mujeres en las asociaciones de padres de familia, y los hombres en los comités de mercados. Aquí se nota una diferenciación genérica del trabajo: en lo que tiene que ver con las responsabilidades familiares van las mujeres, en lo que tiene que ver con las decisiones ligadas al dinero (mercados) van los hombres.

Del perfil de actividades se deduce la participación de hombres y mujeres en las actividades pecuarias, forestal, pesquera, mineral, agroindustria, las cadenas productivas y comerciales, el turismo ecológico, las artesanías, las transformaciones de metales y el mercadeo. Sin embargo, frente a la pregunta específica de las actividades

más comunes desempeñadas por los hombres y por las mujeres, las respuestas se sustentan en el imaginario de los hombres como los portadores de la fuerza y de las mujeres como el sexo débil. Por eso, aunque participen en actividades del ámbito productivo, las mujeres presentan una carencia de poder sobre el dinero; y señalan que carecen de influencia en la toma de decisiones en los ámbitos comunitario y político. Por tanto, en espacios comunitarios o de carácter sociopolítico en los se encuentran participando, se produce el sometimiento de la mujer por parte de hombre que tiene un cargo de dirección o ejerce autoridad. Por parte de las mujeres hay una aceptación pasiva porque se naturalizó que el poder es patrimonio del hombre de la casa; él es quien manda, luego este poder excluyente se reproduce en otros espacios. Esta situación de exclusión se agudiza, según las asistentes, porque no hay apropiación de los espacios, “las mujeres se dejan, no hay exigencia por parte de las mujeres”.

4. Análisis de las cadenas de valor con enfoque de género

Aunque inicialmente se pretendió hacer el mapeo de género con dos cadenas de valor —la riqueza y diversidad de la producción campesina que los y las asistentes desarrollan—, se aconsejó identificar las distintas cadenas de valor que surgían de la actividad productiva de las personas asistentes a los talleres. Por ello se trabajó en varias cadenas de valor, lo que permitía precisar el grado de vinculación de hombres y mujeres a cada uno de los procesos productivos analizados y, particularmente, mostrar que en la producción campesina ambos, participan de manera evidente.

En la producción de hortalizas las mujeres tienen una participación del 30% en las actividades de la cadena de valor. Participan más en la selección y el empaque porque se considera que hacen un trabajo más delicado, son más cuidadosas y son labores que no requieren esfuerzo físico; también participan en la recolección, se encargan del proceso de presentación para el mercado, llevan el producto a los mercados campesinos y lo comercializan. Se considera que son más activas, más detallistas y más delicadas en el trabajo del producto. Algunas participan

en la definición de los precios y posibles sitios de mercadeo, y en la decisión de si participan en los mercados campesinos o si venden a un tercero. No obstante el desempeño de los roles en todo el proceso de las hortalizas, “el dinero es manejado por el hombre pues es el beneficio para toda la familia”.

En los talleres de Gachantivá y Villa de Leyva se elaboró la cadena de valor a partir de las actividades con frutales. La preparación del terreno y la consecución de la semilla son actividades realizadas por el varón, mientras que el abono, la siembra y el trasplante lo hacen de forma conjunta; si hay verano, el riego lo asumen las mujeres mientras que en la poda participan ambos; la consecución de los recursos como la compra de la madera, las puntillas, el alambre, la pita, entre otros, es una tarea asumida por el género masculino. El abonado y la recolección del fruto la desarrollan hombres y mujeres, aunque ellas son responsables de los materiales para conseguir las canastillas y tijeras; la tarea de la selección es femenina, pero cuando hay que clasificar por tamaños participan hombres y mujeres, al igual que en el lavado y el empaque. Almacenar es una tarea masculina, pero mantener limpio y fresco el lugar es tarea de las mujeres.

Todas las actividades de negociación del transporte y la gestión ante cooperativas, comités y alcaldías son desarrolladas por los dos. La presencia de mujeres jefas de hogar vinculadas a la actividad de la fruta les ha abierto un campo en las actividades de negociación reconocidas como masculinas, pero no se conoce el grado de legitimidad y reconocimiento en estos espacios. Tradicionalmente, la negociación del producto es realizada por los hombres pues se argumenta que es una labor de mayor responsabilidad y que solo en muy pocas ocasiones es adelantada por las mujeres. La venta directa al consumidor, que se hace mediante los mercados campesinos, es realizada por mujeres. El balance del negocio y el cálculo de las cuentas lo realizan los hombres. Ellos les piden y reciben el dinero de lo realizado sin que antes las mujeres hubieran podido percibir ganancias o al menos retribución por el trabajo. Si acaso hay alguna retribución esa es acumulada para invertir en el hogar.

Algunas mujeres participantes del taller en Villa de Leyva se han vinculado a la producción de abono orgánico y agricultura orgánica, mientras que en el tema de abonos y fertilizantes los hombres están experimentando para conseguir habilidades y conocer el comportamiento y la eficiencia del abono en la fruta.

El manejo del dinero constituye el punto en donde se evidencia la discriminación ya que aunque ellas participan en todas las otras actividades, en el tema del dinero no tienen autonomía y no lo perciben ni como ganancia del producto ni como administradoras; en tanto significativo de poder, es el símbolo más claro que trasciende lo urbano y lo rural. El dinero y el manejo del mismo se convierten en el mayor obstáculo y el punto estratégico de la negociación sobre la igualdad entre hombres y mujeres⁹.

Las actividades de producción de la mora son compartidas entre hombres y mujeres; la preparación del terreno y el desyerbe son labores masculinas, al igual que la fumigación y la fertilización; en la siembra y la poda participan hombres y mujeres; en el eslabón de acopio que incluye la recolección, la selección del fruto, el lavado, la limpieza y el empaquetado participan mujeres. Mientras que el almacenamiento lo hacen los hombres; las mujeres deben garantizar que el lugar esté limpio y fresco. En las actividades de comercialización, la negociación del producto es una tarea masculina. Son igualmente masculinas las tareas de venta al por mayor, mientras que la venta directa al consumidor y en pequeña escala la hacen las mujeres. Igualmente, el balance de los gastos y las decisiones de inversión son masculinos. Existen imaginarios y creencias que expresan y refuerzan la inequidad. Se afirma por ejemplo “que las mujeres no saben manejar la plata”, con lo cual se justifica que los hombres se apropien del dinero, dispongan de él a voluntad, cuando ha sido resultado de la actividad productiva en que participan las mujeres, su cónyuges o familiares.

La participación de las mujeres en la cadena de valor de la mora es significativa ya que está involucrada en la

9 Datos del informe de los talleres de Villa de Leyva y Gachantivá, (Adriana Espinosa).

mayoría de los eslabones, y además realiza sin pago todas las actividades domésticas que tienen que ver con los ámbitos reproductivo y productivo. Así, resulta evidente la participación de las mujeres en casi todos los eslabones de la cadena, sin tener una participación activa en los ingresos y el manejo del dinero.

En Ráquira y Tinjacá, las mujeres desempeñan con exclusividad los roles domésticos; en lo productivo, son responsables de la recolección y limpieza. Los hombres se encargan de la aplicación de fertilizantes y fungicidas; en el acopio hacen la selección del producto, la comercialización, la poda y el aporque; en la comercialización hacen el transporte, la negociación con el cliente y el manejo del dinero y las decisiones de inversión.

Hombres y mujeres participan en actividades más generales del eslabón de la producción tales como siembra, poda y aporque, y en el acopio y empaque. Igualmente, participan en la comercialización de los productos y empiezan a abrirse paso en la negociación; sin embargo, en los negocios de producción y venta que hacen como pareja, el manejo del dinero es masculino.

Con participantes de los municipios de Tinjacá y Motavita se elaboró una cadena de valor de procesados: arpas de maíz y queso, que es subsidiaria de las cadenas de producción de leche y maíz. Lo específico de la cadena queso-arepas es que es fundamentalmente femenina. Además, tanto hombres como mujeres la consideran coherente con la actividad doméstica, en tanto tiene como resultado un producto para la alimentación directa. Aunque estas cadenas son dependientes de las cadenas de la leche y del maíz como en Motavita, en donde se utiliza la producción excedente de leche y maíz para su elaboración, la producción y comercialización del queso y de las arepas pueden analizarse como una cadena independiente. En algunos casos esta cadena se puede surtir con leche o mazorcas que se compran para la fabricación de queso y arepas, cuando no se tiene producción propia para satisfacer esta necesidad.

En la producción de leche los hombres son responsables del cuidado de la pradera, y en la compra del animal participan ambos. Las mujeres son responsables de la ali-

mentación del ganado de leche, el ordeño, la elaboración de la cuajada, la comercialización y el expendio del producto, mientras que en el caso del maíz, ellas participan en actividades producción (siembra), acopio, recolección y desgranado de la mazorca; la transformación se inicia con la cocción del maíz, la molida, la amasada, la elaboración de arepas, y su comercialización y expendio.

Con las parejas participantes del municipio de Mariquita se elaboró la cadena de valor del café. A esta producción las mujeres se vinculan en todas las etapas pues es una producción típicamente familiar. Durante la época de recolección del grano en la participación de las mujeres se conectan los ámbitos *doméstico* y *productivo* pues se requiere la preparación de alimentos para familiares y trabajadores vinculados a la cosecha del grano.

El eslabón de producción agrícola que comprende cálculos de inversión para una hectárea, ubicación del terreno, adquisición de almácigos, elaboración del germinador, preparación de la tierra, embolse, enchapolada y levante del almácigo, cuenta con la participación de hombres y mujeres. Las actividades de preparación del terreno que comprenden limpia, hoyado y transporte del semillero, siembra, limpia, fertilización y fumigación son típicamente masculinas.

En los eslabones de recolección y beneficio, particularmente la despulpada, el lavado y el secado se involucran las mujeres, aunque en ocasiones los hombres participan. Adicionalmente, adecuar el espacio para la ubicación del café es actividad también del género femenino. El transporte y la comercialización del producto son gestiones ante cooperativas en que también participan mujeres, pero el manejo y control del dinero que se recibe lo hacen los hombres.

5. La perspectiva de hombres y mujeres respecto a la participación y al empoderamiento

Se reconoce por los y las participantes la existencia de actividades más comunes para las mujeres, en especial las del ámbito reproductivo; en los hombres es siempre evidente la vinculación a las actividades productivas y

su ausencia en el ámbito doméstico o reproductivo. La explicación aducida para esa predominancia es “la tradición, las costumbres y el machismo”. Sin embargo, como se evidenció, en cada uno de los municipios y en cada uno de los productos o las cadenas de valor puede haber diferencias. Pero lo que está generalizado es el bajo control de las mujeres en las actividades de manejo y disposición del dinero.

En las actividades del eslabón de comercialización —que comprende la negociación y la venta— es donde se produce la mayor renta, pues al realizarse la venta se da la valorización de la producción, se cristaliza el trabajo en dinero, y se pueden calcular y comparar los costos de producción así como la magnitud de los valores agregados. El control de las rentas, que ejerce la figura masculina, se hace en este eslabón. “No sabemos de las ganancias; quien recibe la plata es el hombre”. “Cuando ellos entregan las cuentas hablan de un pago total pero no entregan nada a la mujer, aunque ellas pueden conocer los costos de los insumos”.

Aunque las mujeres tengan participación en el ámbito productivo, los hombres reivindican su mayor responsabilidad en él. Aducen que la condición de las mujeres es la de ayudantes porque su responsabilidad principal es la del hogar, y por ello es allí donde ella tiene mayor presencia. Sin embargo, es creciente el número de mujeres que participan con distintos productos en la venta directa, pero permanecen los estereotipos de género en el discurso cotidiano con lo cual se justifica socioculturalmente que sean los hombres los que hagan el manejo del dinero, el balance de las cuentas y el control de la inversión.

En consecuencia, es en el eslabón de la comercialización donde se cristaliza la mayor inequidad, pero ella se genera desde la producción, en donde por la inexistencia de cálculo económico no siempre hay posibilidades de saber el valor del aporte que hacen las mujeres cuando su actividad aparece integrada a la de sus maridos y, aunque son muchas las actividades que las mujeres realizan, ellas no tienen remuneración. Las actividades de las mujeres en la parcela se incorporan como parte de la economía

campesina en donde la fuerza de trabajo familiar es el elemento técnico de organización de la producción y en donde no hay pago para los trabajadores familiares¹⁰.

Aunque la mujer asume actividades productivas, quien recibe y decide sobre el dinero recibido por la producción es el varón: “Las mujeres no ven las ganancias en ingresos, plata, sino en comida y vestido”. “En el manejo del dinero que hacen los hombres, una buena parte lo destinan al licor”; “sigue pasando el tiempo y aún se sigue dando desigualdad entre hombres y mujeres”¹¹.

En la actividad de comercialización los productores y las productoras se relacionan con dos clases de mayoristas: 1) los mayoristas intermediarios en los mercados de cadena regionales y nacionales y 2) los mayoristas consumidores, que son los compradores al por mayor de productos, que simultáneamente los consumen en sus negocios como restaurantes y hoteles, entre otros. Los primeros revenden los productos campesinos con lo cual los agricultores pierden capital; los segundos, consumen los productos en sus negocios con sus clientes, propiciando ganancia a los pequeños agricultores en términos del valor del producto que venden y la cantidad, sin intermediarios. Allí, donde se ven los resultados de la actividad productiva, las mujeres productoras no están.

Las mujeres asistentes, que se atrevieron a verbalizar las condiciones de inequidad, sienten que en el programa de mercados existen posibilidades de transformar su condición o al menos mitigar sus impactos. Una de ellas decía: “En mercados veo otros horizontes, me da otra visión”. En los grupos se manifestó preocupación por la mejor manera de introducir cambios y de promover la solidaridad entre mujeres. Esta idea que se relaciona con el imaginario colectivo sobre las buenas costumbres entre las mujeres, facilitaría procesos organizativos para que pudieran darse apoyo y empezar a empoderarse.

10 Podría argüirse que los varones tampoco contabilizan el trabajo que aportan, pero “no hay que olvidar que ellos son los que controlan el dinero y disponen del uso del dinero, uno de los cuales es la inversión en parranda: mandan a las mujeres adelante y ellos se quedan bebiendo”. Comentario surgido en el Taller Motavita-Soracá (notas del informe de Norma Villarreal).

11 Notas tomadas del informe de los talleres de Raquira y Tinjacá (Claudia Collazos).

Un elemento que es motivo de preocupación en mujeres de Cogua es que se las responsabiliza en forma exclusiva de la educación y de los valores que los hijos asumen, cuando en verdad hay demasiados agentes que intervienen en las conductas que los jóvenes están adoptando. Esta nueva carga, en situaciones donde los jóvenes asumen conductas objeto de críticas y se retiran del sistema educativo, se convierte en un elemento de culpabilización de las mujeres madres cuando intentan salirse del cerco del hogar. Solo a ellas se les hace responsables de lo que les pase a los hijos/as.

Igualmente, el fantasma de la violencia sexual contra niñas y niños se constituye en un obstáculo para que las mujeres salgan del ámbito doméstico al público y actúan como justificación a la oposición de los maridos a que las mujeres vayan a los mercados. La pregunta acerca de quién cuida la casa y quién cuida los hijos apareció en un taller de Soracá cuando se supo que una mujer que participaba en el programa enfrentó la violación de su hija. Aunque en el caso que se comentó en Soracá no parecía que el evento contra la niña hubiera sucedido con ocasión de la participación específica en una actividad en los mercados, sí se relacionó la salida de las mujeres a los mercados con la situación de los hijos menores.

En este sentido, los obstáculos de orden sociocultural derivados de los roles que son asignados exclusivamente a las mujeres son los que más aparecen como responsables de las dificultades de empoderamiento; ellos se convierten en obstáculos de carácter psicológico pues afectan los niveles de estima. En el tema económico no hay autonomía para el manejo del dinero, y hay un escaso empoderamiento y autonomía de las mujeres que participan en los mercados campesinos; probablemente las experiencias de dominio que enfrentan en sus casas impiden que se genere un interés de participar en lo político, entendido este como toma de decisiones y participación en lo local. Esto significa que con este grupo habría que hacer un esfuerzo adicional mediante procesos continuos que permitan a las mujeres pensarse como sujetas, reconocer sus derechos.

6. Las dificultades y los obstáculos para el empoderamiento

La idea del empoderamiento que aquí guía el análisis se refiere al poder, a la capacidad de decidir o tener control sobre un conjunto de determinaciones económicas que tienen que ver con las actividades productivas y el resultado potencial de ellas respecto de la propia mujer, pero que están íntimamente ligadas, en el caso que estudiamos, al control masculino sobre los cuerpos de las mujeres (son sus esposas generalmente) y su psiquis (Weringa, 1997). Para profundizar en el tema del empoderamiento como vinculado a distintas estructuras del poder, Weringa recoge las dimensiones del poder que Lukes (1986) plantea: “poder para producir cambios”; “poder sobre”, que tiene que ver con la supresión de la discusión sobre el conflicto, pero manteniendo latente su permanencia. Así, muchas dificultades en las relaciones sociales aparentemente ligeras son manifestaciones que se dejan pasar pero que tienen raíces más profundas y que están articuladas a obstáculos basados en estereotipos de género (Cook y Cusack, 2010). A fin de entender las posibilidades del empoderamiento de las mujeres dentro de las actividades económicas realizadas que suponen una posibilidad real de salir a lo público fue necesario para el análisis de las dificultades y de los obstáculos una mayor precisión conceptual que ayudara a comprender dónde estaban los nudos del potencial empoderamiento. Como “dificultades” se consideraron eventos o circunstancias que afectan el ejercicio de las actividades que una persona u organización se propone, y que en general impiden conseguir ejecutar una actividad o realizar un logro dentro de un tiempo dado. Las dificultades se presentan en un determinado entorno y en un determinado tiempo, es decir, tienen una existencia coyuntural.

Los obstáculos son eventos de naturaleza estructural que se constituyen en fuertes impedimentos para cambiar una situación o tener un logro. Aquello que impide el desarrollo de las capacidades (Nussbaum, 2002). En el caso presente, los obstáculos son aquellos impedimentos que hacen resistencia a la creación de procesos de empoderamiento de las mujeres. Así, aunque se considere

que una de las barreras para el empoderamiento de las mujeres es la pobreza, una estrategia centrada en facilitar oportunidades económicas puede ser necesaria pero no suficiente para transformar la situación deseada.

La identificación de los obstáculos se hizo, como se dijo, con la participación de hombres y mujeres separadamente para propiciar la palabra de estas últimas sin coacción, miedo o cortapisas. Los obstáculos enunciados fueron clasificados en cuatro grandes categorías: los de *orden sociocultural*, que son aquellos derivados de la división sexual del trabajo, que generan relaciones de poder autoritarias y que causan discriminación y exclusión, impidiendo el desarrollo de capacidades consideradas centrales para el desarrollo humano (Nussbaum, 2002). Son obstáculos de orden sociocultural identificados las siguientes prácticas sociales referidas por las mujeres en los talleres:

- La responsabilidad doméstica exclusiva a las mujeres.
- La ausencia de actividad de los hombres en el espacio doméstico.
- La oposición de los maridos a la movilidad de las mujeres.
- La ausencia de autonomía en las mujeres: “tienen que pedir permiso”.
- El bajo nivel de lecto-escritura.
- El bajo reconocimiento de las capacidades de las mujeres por los hombres y por las propias mujeres.
- El predominio de relaciones autoritarias en el espacio familiar.
- La violencia intrafamiliar evidenciada en violencia verbal y doméstica.
- Las jornadas extensas para las mujeres y exigencias de cumplimiento del deber conyugal.
- La predominancia de relaciones autoritarias en el espacio familiar.

- La excesiva carga de trabajo.
- la falta de organización de las mujeres.

Se trata de deconstruir una mirada ingenua sobre las relaciones familiares y de retomar la conceptualización que liga el carácter multiforme y ubicuo del poder en los términos de Foucault (2001), según el cual este se expresa no solo en las estructuras institucionales sino que permea todas las relaciones sociales y, particularmente, las relaciones de familia donde se crean y reproducen interacciones complejas que pasan por la manipulación afectiva hasta los estallidos de violencia contra los miembros considerados más dependientes y por eso en mayor grado de vulnerabilidad.

Los obstáculos de *orden psicosocial* que se identificaron en los talleres se refieren a la interiorización de sentimientos de inseguridad que afectan el comportamiento de las mujeres, y la actitud que les impide generar acciones con autonomía y seguridad. Se caracterizan aquellas situaciones que viven las mujeres en donde han naturalizado su dependencia, discriminación y exclusión.

Estos obstáculos forman lo que algunos autores refieren como un poder invisible que se opone al carácter transformador en las relaciones sociales que es la sustancia del empoderamiento, ellos son:

- Sentimientos de opresión y miedo por parte de las mujeres.
- Carencia de autonomía en las decisiones.
- Baja autoestima en las mujeres.
- Ausencia de trato afectuoso y respetuoso en el hogar.
- Situaciones de depresión.

Los obstáculos de *orden económico* son restricciones que tienen que ver con el acceso a bienes, recursos materiales o ingresos que permiten intercambiarse en el mercado. Están ligados a mitos y basados en creencias estereotipadas sobre la capacidad de gestión de las mujeres y la naturalización de sus roles. Otros de estos obstáculos están más conectados con la estructura socioeconómica que es

inequitativa para todos los pobladores del campo¹² y que tiene mayor incidencia en las mujeres, ellos son:

- Las mujeres no tienen acceso al manejo del dinero.
- Los hombres controlan los ingresos de sus esposas, compañeras o hijas.
- No tienen patrimonio ni capital de trabajo.
- Dificil acceso de las mujeres al sistema crediticio.
- Ausencia de conocimiento sobre el manejo empresarial (costos de producción, mercadeo etc.).
- Insuficiente estímulo económico por bajos precios y competencia.
- Falta de herramientas adecuadas para las mujeres.
- No existe un patrimonio conyugal; se trabaja en el patrimonio o la propiedad de la familia de la mujer o del hombre.
- No hay suficientes oportunidades productivas para las mujeres y es muy difícil acceder a ellas.
- Poco acceso a la tecnología.

Los obstáculos de *orden institucional y sociopolítico* son los derivados de los impedimentos que existen en las normativas y estructuras de los organismos públicos o privados o que se han posicionado allí como parte de la herencia de exclusión que ejercitan los funcionarios, entre estos tenemos:

- Inexistencia de programas o acciones con perspectiva de género.
- Falta de presupuesto.
- Carencia de personal especializado para atender los programas.

12 Según los datos del DANE-DNP, Mesep (2010), para el 2009 la indigencia a nivel nacional era 16,4 y la pobreza 45,5. En la cabecera era 12,4 de indigencia y 39,6, y en el resto (considerada la zona propiamente rural) era de 29,1 de indigencia y 64,3 de pobreza. El total de pobres rurales era de 6.766.736 y de indigentes 3.060.439 (datos recopilados por Raúl Bernal, Programa Alternativas económicas, Oxfam).

- Falta de normativas para incluir representación de las mujeres.
- Temores de los hombres en los liderazgos de las mujeres.
- Prácticas clientelistas en las instituciones.
- Liderazgos autoritarios en los organismos del Estado y en las organizaciones sociales.
- Victimización de las mujeres.
- Desconocimiento de las problemáticas de mujeres y hombres campesinos.
- Excesiva tramitología.
- La información sobre la oferta institucional no llega.
- No hay información sobre oportunidades productivas para las mujeres.
- Descoordinación entre los organismos del Estado.

Los obstáculos de orden sociopolítico son:

- Poca vinculación de las mujeres en los ámbitos políticos y comunitarios.
- Falta de información de mujeres y de hombres sobre los derechos humanos y los derechos de las mujeres.
- Falta del reconocimiento del aporte de las mujeres dentro de las organizaciones.

Entre las dificultades propiamente dichas fueron identificadas las siguientes:

- Falta de información sobre oportunidades productivas.
- Falta capacitación empresarial para las mujeres: no saben calcular costos.
- No hay cálculo de los costos de las actividades productivas que adelantan.

- Insuficiente capacitación de las mujeres sobre las actividades y posibilidades productivas que representan los mercados campesinos.
- Falta de información de mujeres y hombres sobre los derechos humanos y los derechos de las mujeres.
- Falta de conocimiento del contenido y la importancia de los eventos de capacitación que se programan.
- Carencia de capacidades para negociar y de herramientas para superar conflictos de manera pacífica.
- Carencia de un espacio reconocido para encontrar asesoría en aspectos sociales y de relaciones.
- Carencia de información de los funcionarios sobre las mujeres como sujetas de programas de desarrollo.
- Mala atención de funcionarios y funcionarias públicos.
- Horarios que no consultan los tiempos y las distancias de las mujeres.
- Planeación de cursos y talleres con temas que no son prioritarios.
- Inadecuada difusión de los programas de capacitación.
- Uso de metodologías poco participativas.
- No existe tiempo de esparcimiento para la pareja y para la familia.
- Espacios inadecuados y deteriorados para la realización de las labores domésticas.
- Situación de maltrato y falta comprensión hacia las mujeres por parte de quienes reciben los productos.
- Dificultad en el traslado de los productos por la presencia de los intermediarios.
- Dificultad para asistir a capacitaciones y entrenamiento por la carga doméstica y en especial el cuidado de los hijos.
- Demoras en los pagos por parte de los compradores.

Reflexiones generales

Los nuevos roles en la producción o en los mercados campesinos ha implicado para las mujeres participantes situaciones contradictorias: por un lado, les ha significado una apertura a nuevos espacios y nuevos retos que le han dado una dimensión progresista a sus vidas, pero les ha implicado tareas adicionales en el hogar que no se compensan con apoyo familiar.

Las mujeres han alcanzado logros de orden económico y psicosocial: han conseguido que se mejore el ingreso familiar, aunque muchas se quejan de que contribuyen a crecer el dinero familiar en los bolsillos del esposo y en las cantinas del pueblo; han salido de su reducido ambiente y han experimentado la oportunidad del diálogo, de compartir con otras personas, de aprender de otras actividades, de organizarse, pero no han podido aprender a negociar sus propios intereses en los hogares. Tienen unas jornadas laborales muy intensas al combinar la actividad productiva y reproductiva y no tienen tiempo para sí mismas. Los logros conseguidos han estado acompañados de sufrimientos y violencia por la incomprensión y el autoritarismo masculino, y la vigencia en la sociedad de valores culturales que favorecen la inequidad.

Según Rowlands (1997), a partir de la investigación que hizo en grupos de mujeres rurales, el empoderamiento de estas es “un núcleo de procesos psicológicos que cuando se desarrollan, capacitan al individuo o al grupo para actuar de tal forma que incrementa su acceso al poder y su uso en varias formas”. Eso significa la capacidad para elevar su conciencia como mujeres y el desarrollo de habilidades para superar problemas y encontrar salidas y soluciones. Parecería, con los datos registrados sobre el número de mujeres que están participando en los mercados (véanse los datos referidos al mercado de septiembre de 2010), que las mujeres están encontrando caminos para incrementar su participación en las ventas de manera autónoma, lo que sería una pista sobre su avance en términos de empoderamiento.

A los promotores y a quienes orientan el cambio les cabe la importante responsabilidad de lograr una armonización entre lo productivo y lo familiar que solo puede

conseguirse si hay escenarios de negociación y renegociación de esa especie de contratos implícitos que hacen que a la mujer, aunque desempeñe otros roles, no se le permita liberarse del contrato sociodoméstico. El reto es que si las mujeres obtienen mayor participación en los mercados campesinos, su participación en el espacio doméstico y en los ámbitos productivos y sociocomunitarios sea revisada y renegociada. Que haya una nueva valoración del trabajo y del aporte femenino por los miembros familiares y por la organización para hacer frente a temas claves como el cuidado de los hijos en parejas jóvenes. De lo contrario, hay que esperar rupturas e incremento de las violencias, y paralización de las mujeres en sus procesos.

Por tanto, el reto es lograr que haya una participación de los miembros de la familia, y conseguir una mayor inclusión de las mujeres en las decisiones y en el resultado de las gestiones económicas para que haya una compensación. Se trata de que la sobrecarga de trabajo no se convierta en un elemento adicional que contribuya a las violencias intrafamiliares y de pareja.

Todo ello implica difundir entre hombres y mujeres la idea de la responsabilidad en la comprensión de los temas de las relaciones de género, su relación con la equidad y los impactos negativos de su ignorancia. Supone también el conocimiento y manejo básico sobre los derechos y las normativas que los garantizan como parte del crecimiento de la ciudadanía de hombres y mujeres.

La participación de hombres jóvenes y críticos sobre la discriminación hacia las mujeres fue muy importante en las reflexiones y en la sensibilización hacia los hombres adultos y mayores sobre el tema. Esta es una estrategia metodológica clave si se quiere cambiar mentalidades y avanzar en el proceso iniciado.

La experiencia de una participación masculina que provea un punto de vista que hay que conocer e integrar a la explicación y comprensión de las relaciones de género fue positiva; los hombres generaron una dinámica interesante pues sus visiones ayudan a completar la interpretación que se hace de las relaciones entre los dos géneros. Sin embargo, se tuvo el cuidado de hacer un seguimiento estricto a las dinámicas de los grupos para que no predominara una opinión frente a otras, y menos que cuando los hombres hablaran, las mujeres consideraran que ya todo estaba dicho.

Referencias

- Cook, R. y Cusack, S. (2010). *Estereotipos de género*. Bogotá: Profamilia.
- DANE-DNP Mesepe (2010). Misión para el empalme de las series de empleo, pobreza y desigualdad, Mesepe. Resultados cifras de pobreza, indigencia y desigualdad 2009.
- Ecomujer (2009). Propuesta para la contribución a la superación de las inequidades de género en el marco del Proyecto de Mercados Campesinos. Bogotá.
- Foucault, M. (2001). *Defender la Sociedad*. Buenos Aires. Fondo Cultura.
- ILSA, Oxfam et ál. (s.f.). Mercados campesinos y la región central de Colombia: hacia una política de apoyo a la economía campesina. Bogotá.
- Kaaber, N. (1997). El empoderamiento desde abajo: qué podemos aprender de las organizaciones de base. En León, M. (comp.). *Poder y empoderamiento de las mujeres*. Bogotá: TM Editores, UN Facultad de Ciencias Humanas.
- Lukes, S. (ed.), (1986) *Power. Readings in Social and Political Theory*. Oxford: Basil Blackwell.
- Nussbaum, M. (2002). *Las mujeres y el desarrollo humano*. Barcelona: Herder.
- Rowlands, J. (1997). Empoderamiento y mujeres rurales en Honduras. En León, M. (comp.). *Poder y empoderamiento de las mujeres*. Bogotá: TM Editores, UN Facultad de Ciencias Humanas.
- Unicef (1997). El marco conceptual y empoderamiento de las mujeres. En León, M. (comp.). *Poder y empoderamiento de las mujeres*. Bogotá: TM Editores, UN Facultad de Ciencias Humanas.
- Villarreal, N. y Ríos, M. A. (eds.) (2006). *Cartografía de la esperanza. Iniciativas de resistencia pacífica desde las mujeres*. Bogotá: Editorial Presencia.
- Weringa, S. (1997). Una reflexión sobre el poder y la medición del empoderamiento de género del PNUD. En León, M. (comp.). *Poder y empoderamiento de las mujeres*. Bogotá: TM Editores, UN Facultad de Ciencias Humanas.